

EL SUEÑO DE LA LIBERTAD

En todos lados, las cárceles son una dura realidad. Por robos, muertes, drogas y tantos otros delitos que conocemos por los diarios o por experiencia propia, los presos pasan años y a veces vidas enteras detrás de los barrotes. Lo que pocos sabemos es: ¿qué pasa detrás de las rejas? ¿quiénes trabajan con los presos para que cambien? ¿cuáles son sus historias y las causas profundas que llevan al delito? ¿dónde está la solución?

Texto y fotos: María Mullen

Un chico que quería ser abogado

Por debajo de su gorra colorada, los ojos negros de Ramón miran tímidos, con un hilo de duda. “¿Te busco una silla?”, pregunta despacio, desde el predio abandonado al lado de las vías de tren de Retiro. Libertador al 409, justo frente a varios rascacielos porteños.

Ramón tiene tres hijos: dos mujeres y el “varoncito”. En los últimos años aprendió a reparar computadoras y eso le permitió, después de toda una vida lejos del trabajo, conseguir su actual empleo en la Asociación María de las Cárcel. Tiene 35 años, pero parecen muchos más. Lo que más le importa es su familia y le encantaría que sus hijos estudien y que sean alguien en la vida.

Ramón es amable. Como no encuentra sillas, trae un CPU a modo de asiento. Ahí nomás, en el galpón donde funciona la sede de María de las Cárcel, hay cientos de éstos y de otros pedazos de computadoras viejas. Tantos, que forman una montaña gris hasta el techo.

De niño, Ramón era un buen chico. Iba a la escuela y soñaba con ser abogado. Pero un día, en tiempos del gobierno militar, su hermano mayor desapareció y, de un día para el otro, no lo volvieron a ver. En la casa pasaron a ser seis, y en lugar de él, quedó un profundo dolor. Como faltaba plata y comida, Ramón empezó a merodear por las calles buscando, quizás, la manera de cambiar su realidad y encontrarle un sentido. O escapar de ella.

En quinto grado, dejó la escuela y a los doce años robó por primera vez. Con el tiempo, murieron dos hermanos más, esta vez por disparos de la policía. Cuando Ramón quiso darse cuenta, ya era esclavo de la calle y de la droga. Empezó a perder la libertad y los sueños. Empezó a transitar caminos peligrosos. Más drogas, robos y un homicidio.





"La cárcel debe servir para corregir y reeducar al detenido. Sin embargo, hoy se la considera una universidad del delito".

Quando la inseguridad toca nuestra vida

Un robo a mano armada, una pistola apuntando la cabeza de un hijo, un secuestro *express*. Recién cuando la inseguridad nos toca de cerca tomamos conciencia del drama. Con bronca o sed de justicia, levantamos muros más altos, movemos cielo y tierra para encontrar a los culpables y frenar, de una vez, la ola de inseguridad. El dolor por la muerte de un hijo es indescriptible y cambia la vida por completo. Hasta puede lograr que un padre movilice a toda una nación. Frente al problema, algunos piden endurecer las penas; otros, más policías; otros se compran armas. En Buenos Aires, ¿quién, acaso, no tiene miedo?

La cárcel se piensa como la manera de protegernos de los delincuentes y asegurarnos de que no anden sueltos por ahí. La cárcel como castigo.

Pero hay algo que no siempre se piensa: a excepción de la cadena perpetua (que ocupa el 1 ó 2 % de la totalidad de condenas), las penas se cumplen y algún día los presos terminan de pagar por sus delitos, y recuperan la libertad como corresponde. Hayan sido 2, 10, 15 ó 20 años, estas personas vuelven a la calle y, lo que marcará la diferencia con el pasado, dependerá directamente de lo que se hizo con ellos en ese tiempo. "La privación de la libertad en sí misma no sirve, necesita de algo más en el medio", explica el Padre Mariano Tello, de la Pastoral Carcelaria de Cáritas, ubicada a media cuadra de la cárcel de Devoto. Explica que el cambio depende íntimamente de los aspectos que la cárcel trabaje con el preso, lo que el mismo preso elija hacer de sí mismo y las posibilidades de reinserción laboral que la sociedad le brinde al salir, para que no tenga que recurrir al delito.

Sin embargo, ¿cuántos de nosotros nos animaríamos a entrar a una cárcel? Para muchos, es lo más parecido a entrar en el infierno en vida. ¿Cuántos contrataríamos a alguien que ha estado preso, ha matado, violado o ha vivido a costa de los derechos de otros? ¿Cuántos dedicaríamos parte de nuestro tiempo a intentar "re-civilizarlos"? ¿Quién es responsable? La pregunta puede recordar al Génesis. "¿Acaso soy yo responsable de mi hermano?" (Gen 4, 9-10).

La última cárcel de la ciudad

La cárcel de Devoto, fundada en 1927 en tierras donadas por Antonio Devoto, es la última que queda en Capital Federal. Un muro gastado, de unos seis metros de altura y con alambrado detrás, bordea el predio de casi seis manzanas. Encierra cuatro imponentes edificios y otros de menor altura. Nueve barrotes por ventana. Banderas que cuelgan de ellas, cartones que cubren del sol y del frío. En todas las esquinas, una torre; en cada torre, guardias; y en el centro, reflectores.

Frente a la puerta de entrada, filas de señoras con niños esperan su turno para visitar a alguno de los 2.000 presos recluidos en la institución. "La mayoría son





Antigua torre dentro de la cárcel de Devoto.

mujeres –explica el Padre Mariano Tello–, ellas acostumbran a visitar a sus parejas. Muy distinto a lo que pasa en la cárceles de mujeres, donde generalmente los hombres se *borran*”.

Ninguna viste polleras cortas, escotes ni remeras de color negro, azul o gris, porque lo prohíbe el reglamento. Las visitas pueden durar un par de horas y se realizan en un patio al aire libre, por eso llevan mate y algo de comer. Algunas, también van con una carpa para poder mantener una relación íntima con su marido o pareja. “Las familias también sufren un encarcelamiento ante la imposibilidad de ver a sus seres queridos o al padre de sus hijos. Les cuesta mucho y viajan desde muy lejos, a veces gastando plata que no tienen”, continúa el padre Mariano.

A cada rato, pasan patrulleros y carros de asalto. Es muy difícil entrar, los guardias no dejan sacar ninguna foto y están atentos a cualquier movimiento sospechoso. Los vecinos, acostumbrados a escuchar los gritos y protestas que salen del lugar, ya ni se inmutan al ver en lo alto de algunos pabellones, los brazos de aquellos que viven tras las rejas.

Acabar con la universidad del delito

Dicen los libros que la finalidad de la cárcel debe ser la de corregir y reeducar al detenido para su reinserción en la sociedad. Sin embargo, hoy se la considera más como una “universidad del delito” que como una “universidad de vida”. Así lo explica Adriana von Kaull, directora de la Asociación Civil María de las Cárceles, una agrupación sin precedentes mundiales, que busca crear puentes entre los presos y la sociedad, y acabar con el concepto antes mencionado. “Nuestra misión es lograr que el tiempo de cumplimiento de una pena sea fructífero y que, quien llega con las manos vacías, se lleve la posibilidad de una vida mejor”. Con ese objetivo realizan numerosas actividades, entre ellas cursos de informática y talleres de reparación de PC's dentro de las cárceles, para luego entregarlas a escuelas carenciadas. Consiguen las computadoras gracias a las donaciones de empresas y particulares. “El año pasado donamos 400. Algunas, a escuelas perdidas en el mapa, donde las maestras enseñaban computación con cartulinas”. Lo que consigue María de las Cárceles es doble: la integración a la sociedad, tanto de las escuelas como de los presos. “Tengo claro que la educación es fundamental. Es lo único que te puede abrir la cabeza y salvar. Y la educación, unida a la solidaridad, hace muy bien a los presos”, afirma Adriana. También tienen una oficina de judiciales para ayudarlos en sus trámites, y un taller de *braille*, donde los presos pasan libros a computadora en un formato especial para los ciegos. Adriana hace hincapié en la necesidad de darle al interno herramientas y oportunidades para que al salir pueda reinsertarse en el mundo y no tener que volver a robar. “A través de los cursos de informática, los presos aprenden y se enseñan entre ellos. Luego, cuando salen de la cárcel, sólo con poner en su puerta un cartel que diga ‘arreglo computadoras’, consiguen trabajo”. Ramón, aquel padre de familia mencionado al inicio de esta nota, es un ejemplo. Cumplió sus condenas, se propuso cambiar y ahora trabaja con Adriana. Necesitó que alguien le diera una oportunidad.

De a uno

Ana María Carballo, al igual que Adriana, es otra mujer ejemplar. Hace catorce años, trabaja en la Pastoral de Cáritas en la cárcel, y junto con dos sacerdotes, lleva adelante un hogar para recién liberados. Además, coordina algunos espacios para la sustitución de condenas por horas de trabajos comunitarios (Probation).

“¿Nos preparás unos mates, hijo?, pide Ana María a un joven, mientras ella toma asiento para la entrevista. Desde la ventana del hogar, se tiene una vista perfecta de la cárcel. El joven lleva camisa blanca y tiene un tatuaje en el cuello. ¿Su hijo? “¡No! –aclara riéndose–. ¡Es que así es el modo en que los trato! Y ellos me tratan como a una madre”. El joven que prepara los mates fue a la cárcel por matar a su abuelo. Estaba totalmente drogado cuando lo hizo. Ahora, es voluntario en la Unidad 20 del Hospital Psiquiátrico Borda (en la unidad penal), y ayuda a que otros salgan de las drogas.



Chicos en la calle, un ingrediente común para el delito.

Números alarmantes

- El 48,40% de los imputados tiene entre 16 y 25 años.
- Reincidencia en el delito: 23%. El menor índice de reincidencia se da entre quienes realizan estudios en la cárcel.
- Nivel de estudios: el 81% ha terminado sus estudios primarios. Las profesiones que más se repiten entre quienes son condenados están: con un 12% los empleados, siguiendo el jornalero (11%), el albañil (7%) y el comerciante (4%).
- En Buenos Aires, 756.000 jóvenes no estudian ni trabajan y tampoco buscan empleo, lo que los predispone a sumarse a las situaciones de inseguridad y violencia.

(Fuente: Clarín / “Radiografía de las cárceles”, por M. Belén Burgoa)



Las computadoras en desuso, material para “María de las Cárceles”.



Él es uno más de los tantos casos que Ana María y el Padre Mariano tienen de presos que, luego de un gran esfuerzo, han decidido cambiar de vida. Se puede. Al mostrar los videos de sus actividades, ambos reconocen a cada uno por su nombre y no pueden evitar contar sus historias. "No hay otra manera que no sea uno por uno, es un trabajo de hormiguita, pero vale la pena y cuando ves el cambio, te emocionás hasta las lágrimas". Todas historias impresionantes y conmovedoras. Presos haciendo pan, presos en misa, presos haciendo carpintería, presos pintando, festejando la Navidad, festejando el cumpleaños de Ana María... Postales que no parecen de una cárcel, ni se dan a grande escala, pero, al menos, llevan algo de luz a ese infierno de gente que convive sin libertad y sin siquiera haberse elegido.

La siguiente carta, por ejemplo, la escribió un liberado que vivió un tiempo en el hogar. El autor era conocido por todos, dentro y fuera de la cárcel, como uno de los líderes más peligrosos, un maestro del robo y gran conocedor de los códigos de la cárcel. Un día se acercó a la parroquia de la unidad y entabló su primer diálogo con uno de los sacerdotes. En abril pasado –años más tarde de aquel primer encuentro–, les escribió este e-mail:

Hola Any, Alejandro y Mariano:

Bueno, a ver cómo comienzo esto, mucho no me gusta escribirles a ustedes, porque creo que la mejor manera de decir lo que les tengo que decir ya en algún momento tendré la oportunidad de decírselos. Bueno, les cuento, como ustedes saben, tomé la decisión de venir y quedarme en Tucumán, junto con mi familia. Ahora estoy bien, por el momento luchando contra todos los prejuicios sobre la vida que se lleva acá, ¿no?

Bueno, les cuento que ni bien decidí quedarme me puse en contacto con Cecy, de la pastoral de acá, y ellos ya me invitaron a ir a un retiro y también ya participé de la reunión de los nuevos cursos de formación que está tomando toda la pastoral. Yo por mi parte estoy hablando con el cura de la vicaría de mi ciudad para formar un grupo de jóvenes con ayuda de la pastoral. Esto estoy haciendo para no dejar que todo lo que aprendí con ustedes se vaya al caraj... Quiero darle valor a todo lo que ustedes me enseñaron y hacerles ver que hicieron algo bueno en una persona que realmente estaba al límite de todo. Por eso les quiero decir así, con simples palabras, gracias.

Como una vez me dijeron esos dos curas que son unos grandes, Mariano y Ale, en algún momento tenía que rearmar mi vida o tratar de hacerlo. Bueno, en eso estoy ahora, tratando de hacer algo por mí, estoy buscando trabajo. Lo único que les voy a pedir es que me den su bendición para poder seguir en esto que estoy tratando de comenzar. Ok, les dejo mis besos y un fuerte abrazo, dénle a Leo mi más grande abrazo.

T.

Amor y educación: un camino a la libertad

"La libertad sin educación, es peligrosa", decía Kennedy. "Dar amor constituye en sí, dar educación", decía Eleanor Roosevelt.

En nuestras calles todavía hay muchos chicos, como aquel que una vez fue Ramón. Con sueños e ideales, pero al borde de perderlo todo. Podemos elegir construir muros cada vez más altos para no verlos –y esperar que estos chicos se conviertan en delincuentes y los rompan–, o trabajar por esos dos elementos tan fundamentales: educación y amor. Si por defecto u omisión, alguno de ellos falla, se ha dado el primer paso en un camino peligroso que, con el tiempo, puede hacerse más y más dañino.

Que cada día sea una oportunidad para educar en la verdad, en el amor, en el trabajo y el bien común más que el individual. Y alcanzar no sólo a nuestros más próximos y queridos, sino especialmente, a los más alejados y rechazados. Quizá así, de a pequeñas gotas, pueda llenarse el mar y podamos alcanzar ese sueño de auténtica libertad para todos. ■



¿Qué opinás sobre esta nota?
Escribinos a cartas@revistatigris.com.ar



Hacia las raíces más profundas

Entrevista al Padre Mariano Tello:

¿Qué es la libertad?

La libertad en sí misma es un medio, no un fin. Es un medio para elegir el bien. Con cada elección del bien que hago, soy más libre. Con cada elección de lo no-bueno que yo hago, soy menos libre y más esclavo.

¿Qué es lo que lleva a la cárcel?

Para cualquier condenado, la cárcel empieza mucho antes de llegar a ella. La principal causa es la droga en los jóvenes, en los chicos de la calle. Se empieza con un paco, que sale \$2. Ya a partir del tercero, el paco genera adicción. Algunos llegan a fumarse 30 ó 40 por día, lo cual ya requiere de un presupuesto importante. Es entonces cuando empiezan a robar para conseguir droga o roban porque están drogados.

¿Qué crees que los lleva a drogarse?

En lo inmediato, la droga te saca el hambre (aunque después vuelve), te saca el frío porque sentís menos y te evadís de lo que te pasa. Muchos han sido expulsados de su hogar, a veces con violencia, a veces con la omisión y el desinterés de los padres. Son muchas las causas: falta de afecto y de figuras de contención, malos ejemplos, violaciones por parte de algún familiar, pobreza, falta de educación. Todo un caldo que lleva a que jóvenes estén en la calle, sin ideales, sin esperanza, con un vacío existencial y una gran dificultad para relacionarse y amar. Porque ¿cómo aprender a amar si uno no fue amado? O ¿cómo considerar el trabajo un valor, cuando tu papá es ladrón?

¿Cuál es el cambio más necesario?

Desde el punto de vista de la fe, el primer cambio que todos tenemos que hacer es el de mirar al otro como a mi hermano. El delincuente, el pobre, el enfermo, el travesti (hay muchos en la cárcel y trabajamos con ellos también)...

todos son tan hijos de Dios como yo. Tienen tanta necesidad de Dios y tanta sed de amor como yo. "Cada persona es bella, pero muchos no lo saben. Amar a alguien es revelarles que tiene un valor", dice el filósofo Jean Vanier, fundador de El Arca. Cuando una persona se siente amada, es más capaz de mejorar.

¿Cuál es el papel de la educación?

Fundamental. Primero la familia, luego la escuela. En la cárcel de Devoto la universidad Carcelaria está dando resultados muy alentadores, ya que el índice de reincidencia de quienes estudian es mínima. El problema es que la droga a veces deja daños neurológicos tales que los presos no pueden alcanzar a leer ni una carilla. Pero hay otros que su primer libro lo leen en la cárcel, o que es allí donde por primera vez leen la Biblia. Sin duda, esos hombres salen con mayor libertad de la que entraron.

Cómo ayudar

"María de las Cárceles" está buscando con urgencia donaciones de computadoras en desuso para su taller de reparación, y voluntarios para colaborar en distintos proyectos o brindar su asesoramiento profesional.

Tel.: (011) 15-5475-2523

Mail: info@mariadelascarceles.org.ar

Web: www.mariadelascarceles.org.ar

Caritas – Pastoral Carcelaria recibe donaciones de ropa, zapatillas, alimentos o productos para el hogar, y también solicita voluntarios para colaborar en tareas diversas.

Melincué 5031, Villa Devoto.

Tel.: 4567-5848

E-mail: marianomtello@yahoo.com.ar